

NARCO, S.A.

**El negocio de la cocaína
y cómo España se ha
convertido en uno de sus
epicentros mundiales**

**ANDROS LOZANO
JAVIER ROMERO**

DEUSTO

Narco, S. A.

El negocio de la cocaína y cómo España
se ha convertido en uno de sus
epicentros mundiales

ANDROS LOZANO
JAVIER ROMERO



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Andros Lozano y Javier Romero, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: octubre de 2025

Depósito legal: B. 16.242-2025

ISBN: 978-84-234-3958-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Introducción. Vivir más ciegos	11
1. La droga que viene del cielo (pero no sólo de allí)	25
El Judío, el madrileño que con su avioneta abrió un puente aéreo de la coca por el Atlántico	25
La caza de Marín Gaviria, un colombiano con oficina en La Moraleja: «El sobrino de Pablo Escobar quiere un avión desde Venezuela»	36
El primer laboratorio a cielo abierto en España... y 20 geos para desmantelarlo	41
Alijando en helicóptero en Chiclana por 150.000 euros el porte	44
Las mil caras del Pablo Escobar del siglo XXI para esconderse en Europa: de Sérgio Roberto de Carvalho a Paul Wouter.	46
La ruta inversa de la droga: Ibiza-Miami <i>Connection</i> ...	70
2. África, la nueva ruta hacia la rica Europa donde los narcos más violentos se disputan el terreno.	73
Las 66 horas en alta mar persiguiendo 3.000 kilos de <i>farlopa</i> con la ayuda de la armada guineana	74

«Los colombianos saben que aquí se hacen bien las cosas»: el salto definitivo del narco del sur del hachís a la cocaína	78
El narcosubmarino que canjeaba cocaína por hachís: «Íbamos a volver a Sudamérica»	81
Puente aéreo entre Colombia y Marruecos	83
Guadalquivir, kilómetro cero de la coca en Europa	84
El SOS lanzado desde el primer narcosubmarino con destino Cádiz: «No nos dejéis morir»	88
Los latigazos del narco	91
Dos minisubmarinos <i>made in</i> Cádiz para viajar a París por canales de ríos	92
Hacer las Américas en África	94
Las mayores organizaciones del mundo pisan España	99
Organizaciones que se odian y se alían si el negocio es bueno	102
Mexicanos y colombianos <i>cocinando</i> en Galicia	103
 3. Corrupción, qué bonito nombre tienes	 109
Los hijos de guardias civiles que le susurraron al narco	114
El Mobile de las cárceles	115
Las cloacas de la mayor cárcel de España	118
El narcotúnel de Ceuta, la confesión de un narco arrepentido	126
El <i>petaquero</i> del narco: el negocio redondo de un policía en el pueblo manchado por el Guadalquivir	131
Los 20 millones del Anodino	134
 4. Origen de la Cousa Nosa en Galicia: la Honorable Sociedad que cambia la historia del narco desde su origen	 139
La autopista del Miño	143
El <i>big bang</i> del wolframio	148
Nuevas mercancías	150

La Bolsa Negra.....	154
Fieles a la República.....	156
Heroína antes que tabaco.....	157
Tabaco I.....	159
Tabaco II.....	165
Marruecos <i>Connection</i>	168
Último baile.....	173
 <i>Bonus track. Antolín Fernández Pajuelo, un gallego</i>	
en la corte de Cali.....	179
Benirrás.....	179
Libre, otra vez.....	182
Bautismo de <i>has</i>	184
En Yanquilandia.....	185
Bautismo de <i>blanca</i> : 300 kilos.....	188
Terral Colindres.....	190
Declarado en rebeldía.....	192
Jesuitas y la contra de Nicaragua.....	193
Funerales en serie.....	198
Conquista de Cali.....	201
Turismo formativo.....	206
Préstamo a un alcalde.....	209
Intento de homicidio.....	213
Bomba a Garzón.....	214
Primeros contenedores.....	216
Emigrante retornado.....	219
Alpajuelo, esposado.....	220
Prisión en Portugal.....	224
Prisión en España.....	228
Verse sin nada.....	230
 Epílogo.....	 233

La droga que viene del cielo (pero no sólo de allí)

**EL JUDÍO, EL MADRILEÑO QUE CON SU AVIONETA ABRIÓ
UN PUENTE AÉREO DE LA COCA POR EL ATLÁNTICO**

David Amar decide perder altitud cuando divisa desde el interior de la cabina de su avioneta una pista de aterrizaje abierta en mitad del frondoso bosque que rodea Alta Floresta. Se trata de un remoto pueblo del centro de Brasil donde unos poderosos narcotraficantes han creado su propio aeropuerto clandestino. Amar, casado, padre de dos hijos y con un bonito chalé en el barrio madrileño de Aravaca, vuela igual que un fantasma. Necesita que no lo detecte ningún radar. La vida y la fortuna le van en ello. Hace horas que ha apagado el equipo de identificación de su aeronave, una Pilatus PC-12/45 de fabricación suiza. Puede transportar hasta nueve pasajeros y cargar hasta 1.500 kilos. Sólo lo ha activado para identificarse cuando se aproximaba al espacio aéreo de Brasil. Luego ha vuelto a desconectarlo. Su avioneta es capaz de aterrizar en caminos cortos, sin asfaltar, de aproximaciones casi suicidas, como el que tiene a sus pies. Desde las alturas, ese aeródromo clandestino no es más que una raya amarillada que asemeja una fina cicatriz en un inmenso paisaje verdoso y agrícola. Al tomar tierra en aquella pista ubicada en un punto casi inaccesible por carretera del estado brasileño de

Mato Grosso, Amar apaga el motor, se despoja de sus cascos, baja la escalerilla del avión y saluda a los hombres que se han acercado a recibirlo. Algo más apartada, hay numerosa gente armada que custodia los alrededores de la instalación. El trayecto ha sido largo. Más de 7.500 kilómetros. David, al que apodan el Judío por sus años viviendo en Israel, está cansado. No ha volado solo. Lo acompañan otros dos españoles. Gente de confianza. Su copiloto, Manuel López, y su mecánico, Pablo María Lana. Los tres han partido desde el aeródromo privado de Casarrubios del Monte, en Toledo, donde Amar tiene alquilado un hangar desde el que opera su empresa, Heliword. Con ella se dota de apariencia de legalidad al ofrecer vuelos privados internacionales —como un aerotaxi— y de carga de mercancía. David, Manuel y Pablo sólo han hecho una escala técnica para repostar en Guinea-Conakri, en la costa oeste de África.

Tras haberse apeado los tres del avión, varios hombres comienzan a rellenar con placas de cocaína dos doubles fondos abiertos en la aeronave del madrileño. Así, hasta ocultar 388 paquetes de un kilo de *perico* de una pureza del 84 por ciento. O lo que es lo mismo: 11,3 millones de euros del codiciado polvo blanco que se esnifa hasta en el último recodo del mundo. Horas después tocará volver a Europa con la mercancía a bordo. El objetivo: aterrizar de nuevo en Casarrubios. El Judío no cobrará menos del 10 por ciento del montante total, dicen quienes conocen ese mundo. Y de nuevo él, el invisible señor de los cielos español, tratará de que nadie lo detecte en otro de sus vuelos kamikazes. La leyenda hecha realidad. La constatación de que existe un puente aéreo de la coca que une Sudamérica con Europa mediante avionetas. Sólo los narcos mexicanos se atrevieron antes a hacer algo similar, aunque en distancias menores. En la prehistoria del narcotráfico, los carteles colombianos utilizaban avionetas similares para lanzar fardos repletos del polvo blanco más rentable de la historia. La recogían tripulaciones de pesqueros u otro tipo de embarcaciones para transportarlos a Norteamérica para su consumo final.

Desde el sur de México hasta los pueblos más meridionales de Estados Unidos no hay más de 3.000 kilómetros. En los

años ochenta y noventa, Amado Carrillo se hizo un hueco de oro entre los traficantes de la cocaína que Colombia exportaba a los gringos. Él, un pionero, con su propia flota de aviones, entre los que contaba varios Boeing 727, inundó de cocaína al vecino del norte. Pero no fue tan osado como para cruzar el gran océano... Y aún menos en avioneta. Ahora, mucho después de aquello, un español que de crío empezó conduciendo coches sin carnet y robando 14 millones de las antiguas pesetas conseguía pulverizar todos los registros del tráfico aéreo de dama blanca. Su nombre llevaba dos décadas apareciendo de vez en cuando en las investigaciones que la Guardia Civil y la Policía Nacional hacían a otros narcos, pero nunca fueron capaces de vincularlo a ninguna organización.

Amar, tipo listo, incluso se relacionó durante un tiempo con una ONG que trasladaba fármacos y médicos a distintos puntos de África para tratar a enfermos de zonas remotas. Era otra forma de aparentar ser quien no era en realidad. Una tapadera. «Será que me estoy haciendo mayor o lo que sea, pero el cuerpo me pide que necesito ayudar...», decía él en un vídeo promocional colgado en YouTube de Alas Solidarias, la organización no gubernamental que contrató sus servicios y con la que durante un tiempo voló hasta Malí, el Sáhara... Todo se vino abajo a principios de 2022, cuando el narcopiloto invisible se dejó ver en Madrid. Llevaba pasaporte falso cuando se presentó en la embajada de México para hacer una gestión administrativa. Las alarmas saltaron al comprobar que sobre su verdadera identidad, la de David Amar de Juan, un señor de cincuenta y siete años, pesaba una orden internacional de detención. Un juez canario lo reclamaba por uno de sus vuelos transoceánicos cargado de cocaína. El único que, gracias a la pericia de un guardia civil, consiguieron detectarle. Ahí comenzó la cuenta atrás de una biografía sin parangón. Tan sólo se acerca a ella la del argentino Eduardo Juliá, abogado y piloto de aviones que en 2011 fue detenido en el aeropuerto de El Prat, en Barcelona, al aterrizar con su *jet* privado cargado con 944 kilos de coca. La justicia española lo condenó a trece años de prisión. Fue extraditado para cumplir la pena en su país.

El 22 de julio de 1983, David Amar, de dieciocho años, ideó un plan con dos amigos para robar en la casa de uno de ellos. Un año antes, siendo todavía menor, ya lo habían arrestado conduciendo sin carnet y con matrícula falsa. Pero esta vez quiere dar un buen golpe: cuando la familia de la vivienda se encuentre festejando la boda de la hermana mayor de uno de sus dos compinches, ellos aprovecharán para acceder al inmueble. Su amigo les entregará la llave de la puerta principal. Lo que roben se lo repartirán entre los tres.

El plan del robo, al principio, salió perfecto. David y otro chico se llevaron de la casa de su amigo varios joyeros, una escopeta Benelli de caza y una carabina para tiro deportivo. Lo vendieron casi todo. Se embolsaron 14 millones de pesetas (al cambio, unos 84.000 euros actuales, aunque una fortuna en aquel momento). Pero la Guardia Civil abrió una investigación. Acabó dando con los ladrones. El Juzgado de lo Penal número 24 de Madrid condenó a David Amar a cuatro años, dos meses y un día de prisión. Pero un golpe de suerte acabó librándolo de la cárcel. El 21 de septiembre de 1995, doce años después de aquel robo, lo indultó el por entonces ministro de Justicia, Juan Alberto Belloch, que formaba parte del gobierno de Felipe González. David Amar, nacido el 15 de octubre de 1964, estaba a punto de cumplir treinta y un años. Ya se había formado como piloto. Llevaba ejerciendo siete años. Su vida transcurría llevando aviones de mercancías por todo el planeta.

En abril de 2009, David Amar lleva veintiún años pilotando aviones. Ha sido instructor de vuelo en varias escuelas y ha trabajado para DHL o Spanair. Acaba de suscribir un contrato con la ONG Alas Solidarias para usar sus dos aviones para trasladar a médicos españoles a África para ayudar a personas enfermas. Sus aeronaves servirán para evacuar a enfermos hasta instalaciones hospitalarias o para llevar a los sanitarios hasta lugares remotos y con difícil acceso por tierra. A los dirigentes de la ONG les cuenta que conoce el continente, ya que con su empresa también se dedica a trasladar piezas de aviones a otros países cuando los aeroplanos sufren averías. Deciden confiar en él. También en su mecánico, Pablo María Lana, que forma parte del grupo que

comienza a realizar dichos vuelos solidarios. Uno de aquellos voluntarios que fue miembro de Alas Solidarias explicó: «En aquellos viajes nos contó que se dedicaba a dar servicio de reparación de avionetas y de aviones que se quedaban tirados en África. Tenía mecánicos que las reparaban o que les instalaban las piezas que estaban averiadas».

En 2016, varios grupos policiales de la lucha contra el narcotráfico en España iniciaron de manera independiente investigaciones en torno a la organización de David Amar. Dos de ellos fueron el Equipo de Delincuencia Organizada y Antidroga (EDO) de Madrid, perteneciente a la Guardia Civil, y el Grupo de Respuesta Especial para el Crimen Organizado (Greco) en la Costa del Sol, de la Policía Nacional. Estuvieron un año tras él. El Judío, «un gran narcotraficante», llevaba sonándoles demasiado desde principios de siglo. Su nombre, su apodo, su cara, aparecían en boca de otros traficantes y en reuniones con sospechosos. Pero aquellas pesquisas no dieron frutos y se abortaron. Hasta que en 2018 se reactivaron gracias, principalmente, a la llegada al EDO de Madrid de un teniente que se puso al frente del grupo. Sus compañeros más antiguos le hablaron de las sospechas sobre esos vuelos de la coca de David Amar. Como sabían la matrícula de la aeronave que usaba para moverse, la introdujeron en una aplicación de rastreo de vuelos internacionales. «Estemos atentos a las señales que nos pueda dar», les dijo aquel teniente. La campana sonó el 22 de marzo de 2019. La Pilatus C-12/45 con matrícula EC-JXM les emitió una señal. Estaba sobrevolando Surinam —la antigua Guayana holandesa bañada por el mar Caribe y muy próxima al norte de Brasil—. David había activado el sistema de identificación porque se encontraba en su espacio aéreo. A los pocos minutos, tras abandonarlo, el piloto volvió a desactivar la señal. Era el vuelo de ida hacia aquella pista de aterrizaje clandestina de Alta Floresta. Cuatro días después, los investigadores volvieron a detectar el avión cerca de Fuerteventura. Ya había realizado el viaje de vuelta. Los agentes del EDO movilizaron a los compañeros del aeropuerto de la isla canaria. Los investigadores pensaban que querían hacer escala para repostar y que luego continuarían hacia el aeródromo

de Casarrubios, donde después se distribuiría la droga para su consumo en la Península. Al tocar tierra, a bordo del avión iban David, Pablo y Manuel. Pero a simple vista no llevaban droga. Como los agentes no tenían autorización judicial para hacer un registro exhaustivo dada la inmediatez del operativo, les pidieron un teléfono de contacto y la dirección del hotel en el que iban a hospedarse. A la mañana siguiente, un juez autorizó una inspección fiscal de la aeronave. Los agentes hallaron 388 kilos de cocaína oculta en varios dobles fondos. Cuando fueron a detener a los tres españoles, habían desaparecido de su habitación. Se cobijaron en Lanzarote, adonde llegaron en ferri. Durante días se escondieron en un cobertizo de aperos del campo. Durmieron en colchonetas, comieron latas de conservas... Hasta que el 6 de abril de 2019, cuando Pablo María Lana salió de aquel escondite para pedir ayuda a un conocido en la isla. La Guardia Civil lo detectó y lo apresó. Cuando los agentes registraron el cobertizo, encontraron la documentación falsa con la que se movían. Pero no había rastro ni del piloto ni del copiloto. Se piensa que huyeron por África y que, al menos David Amar, pasó un tiempo en Israel. En febrero de 2021, el mecánico de aviones Pablo María Lana, de cincuenta y dos años, fue condenado a nueve años de prisión y al pago de 65 millones de euros de multa, según la sentencia. Justo un año después, el 19 de febrero de 2022, Amar era detenido en la embajada de México con documentación falsa. A los tres días ingresó en prisión provisional. Después de años de viajes fantasma entre ambos extremos del Atlántico, ahora el horizonte más probable para él pasaba por estar durante un largo tiempo entre las cuatro paredes de una celda. En tierra firme, recordando que durante años fue el narcoseñor de los cielos.

Cuatro décadas después de aquellos inicios de David en el mundo de la delincuencia, Loïc Veillard, apodado el Francés, recuerda: «Estábamos David y yo desayunando en el VIPS del Paseo de la Habana. Vinieron dos amigos nuestros, mulatos, muy guapos. Nos contaron que les habían pegado en una discoteca de la antigua calle General Mola. Fuimos a la puerta a que salieran.

Salieron 20 o 30 tíos. Eran unos fachas. Uno llevaba pistola. David les enseñó la suya, que era de verdad, no como la otra. Pero les dijo: “Si queréis, resolvemos esto como hombres”. Guardamos la pipa en el maletín de nuestra Vespa roja. Se llevaron una paliza considerable. Al día siguiente, un tipo que nos vio y sabía lo que había pasado, nos preguntó: “Oye, ¿cómo os llamáis?”. Severiano, uno de nuestro grupo, estaba todo el día sacándose mocos y pegándolos por todas partes. Mientras se sacaba uno, mirándolo, dijo: “Nos llamamos la Panda del Moco, déjanos en paz”. Y así surgió el nombre de la banda». Cuando Loïc Veillard se refiere a David, habla de su amigo David Amar de Juan. Explica: «Yo algo había oído sobre él y sus trabajos, pero nunca le pregunté a David. Hay cosas por las que es mejor no preguntar. Mi mote viene del país en el que nació. Mi padre era militar, pero acabó en Madrid. Aquí, con catorce o quince años conocí a David. Lo llamábamos el Judío. Su madre era judía y él había vivido durante un tiempo en un kibutz [una comuna agrícola israelí]. De siempre fue un tipo con muchos huevos. Él y yo fundamos la Panda del Moco. Somos del mismo año, del 64. Él era el cabecilla. Yo el más matón. ¡Dábamos unas hostias...! Aunque él era más macarrilla, éramos dos pijos que estábamos hartos de que nos robaran por la ciudad. Nos hicimos adictos a las peleas».

La Panda del Moco es la pandilla de pijos malos más legendaria de los años ochenta del siglo pasado, tanto de Madrid como de toda España. Fue una banda de niños bien —en su mayoría de la zona de Paseo de la Habana y Chamartín— que practicaban el *full contact* y aterrorizaron algunas de las discotecas de la capital, como Pachá, Gaslight o Look. El Francés y el Judío eran inseparables. Primero, de adolescentes. Luego, ya de adultos. El Francés cuenta que llegaron a robar un furgón blindado y que atracaron sucursales bancarias. «De críos, un día él me robó la bici. Yo me presenté en su casa para que me la devolviera. Vivía en Cuatro Caminos. Vio que le eché narices, me la devolvió y nos hicimos amigos íntimos. Al poco ya estábamos dando palizas y pegando palos.» Al Francés y al Judío se fueron sumando luego el Italiano, el Piraña... «La banda la formábamos muy pocos. Cinco o seis. Luego, nuestros hermanos, otros amigos, fueron

creando subgrupos que llegarían a albergar a 200 o 300 personas. Una vez llegaron a decirme que me querían pegar los de la Panda del Moco. Yo me reí. ¡Pero si yo era uno de sus dos fundadores!» El Francés fue uno de aquellos ladrones que el 22 de julio de 1983 desvalijaron la casa de un amigo mientras la hermana se casaba. Como a David Amar, se lo condenó a más de cuatro años de prisión, aunque luego fueron indultados por Felipe González. «Ayudé al Ministerio de Defensa a evacuar a una familia de Oriente Medio. Una gestión de la que no puedo hablar mucho, la verdad, aunque ya hayan pasado tantos años. Me indultaron a mí y, por supuesto, a mi amigo el Judío.»

El funcionario abre el portón de la sala de espera y los familiares de los presos que han venido a la cárcel de Soto del Real (Madrid) comienzan a seguirlo. Uno de los autores de este libro se ha acreditado como amigo de David Amar. Como periodista sería impensable entrevistar a un narco en una cárcel. Instituciones Penitenciarias, dependiente del Ministerio del Interior, jamás lo hubiera permitido. Son las normas que imperan en España y ponen coto al ejercicio periodístico. Al reportero lo acompañan la mujer y uno de los dos hijos de David Amar. Es un domingo de diciembre de 2022. En la calle se despierta una mañana gélida de aguanieve y viento. Los familiares de los presos caminan en grupo hasta alcanzar una sala luminosa con pequeñas cabinas de cristales insonorizados, habitáculos de unos cuatro metros de largo por dos de ancho. Se les conceden unas sillas de plástico. Frente a su mujer y su hijo se sienta también David Amar. Al poco de iniciarse el encuentro, Amar asegura que aquel viaje transoceánico con las alforjas de su avioneta cargadas de cocaína fue el primero: «Y el único —juraré después—. Eso de que yo llevaba veinte años haciendo esto es mentira».

David Amar luce buen aspecto. Jersey negro, pelo corto, barba cana, sonrisa tranquila y bíceps y pectorales abultados, señal de que en el penal trabaja el cuerpo con las pesas del gimnasio. Al ver a su familia pone la palma de la mano derecha sobre el cristal que los separa. Con la izquierda agarra el telefonillo que

hay de su lado de la cabina. El hijo y la mujer hacen el gesto de acariciarlo.

—Gracias por venir a ti también —le dice al reportero.

—¿Cómo está?

—Aquí estoy jodido, pero bien. Problemas tengo todos los días, pero nada más que con los chivatos.

El tiempo corre. La visita durará cuarenta minutos. Ni uno más. No hay forma de grabar la conversación. Sólo se puede tomar notas con un lápiz y un puñado de folios.

—La Guardia Civil ha llamado dos veces a mi abogado para advertirle de que aquí dentro mi vida corre peligro, según una fuente que supuestamente ellos tienen. La primera vez nadie se identificó. La segunda fue un teniente. Esa advertencia sí que me da miedo. Es evidente que alguien no quiere que hable. Soy consciente de que las vidas de mi familia y la mía están en peligro, pero se ha de saber la verdad de lo sucedido. Yo no niego lo que hice, pero la DEA e Interpol, con la ayuda de fuerzas policiales españolas, me tendieron una trampa. Los gringos me usaron para colgarse medallas. —Así arranca la confesión del Judío—. Manuel y yo nos la jugamos —cuenta acerca de cómo logró escapar del hotel en el que se hospedaron después de que la Guardia Civil le interviniera la avioneta—. Nos subimos a un avión hacia Madrid, hasta que me detuvieron. Estuve fugado porque necesitaba entender qué había pasado y atar cabos. Pronto entendí que aquélla no era una operación de tráfico de drogas corriente.

El Judío va al origen de todo. Cuenta que en septiembre de 2018 recibió «una llamada de Henry Kowssolea, jefe de plataforma del aeropuerto internacional de Paramaribo, en Surinam». Lo conoce desde hace años, cuando aterrizaba allí con vuelos de las aerolíneas comerciales para las que trabajó (Spanair, Air Europa...).

—Me propuso hacer un vuelo especial. Me dijo que ha creado una sociedad con unas personas con las que me podría ver en Madrid.

Un mes después se vio con un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años en una cafetería próxima a la estación de trenes de Atocha.